

Ayer era lunes

Theodore Sturgeon

Lo que Robert Bloch y Ray Bradbury fueron para Weird Tales durante los años 40 —los escritores que más hicieron para dar el tono de la revista—, Sprague de Camp y Theodore Sturgeon lo fueron para Unknown. Otros escribieron tanto, o casi tanto como ellos pero ninguno pareció dar tantas veces en la nota que hizo de Unknown algo verdaderamente deleitoso. Y mientras De Camp se desenvolvía mejor en relatos y narraciones bastante largos, que le permitían pasar revista con más amplitud a las retorcidas consecuencias de sus distorsiones de la realidad (y que le daban espacio para mucha acción, generalmente con espadas), Sturgeon sobresalía en los relatos cortos. Aunque he intentado no publicar aquí cuentos «pasados de exposición», debo reconocer que éste ya ha figurado en otras antologías... pero no hasta el extremo de otras obritas de Sturgeon procedentes de Unknown. De todos modos, es bueno. Y si el lector ya lo conoce, léalo de nuevo. Yo lo leí dos veces al preparar este libro, y cada vez me divertí. ¿Podemos decir lo mismo de Guerra y Paz?

Podría observarse (a decir verdad, lo observo) que Sturgeon producía más cuentos que los que la revista podía publicar bajo su nombre, y así aparecieron un par de ellos firmados por «E. Hunter Waldo», seudónimo que, por la razón que sea, se ha convertido para muchos bibliotecarios en el verdadero nombre de este autor, hasta el punto de que en muchos catálogos se puede leer: «STURGEON, Theodore; véase Waldo, E.» (Robert Heinlein escribió una novela titulada precisamente Waldo, lo que aún complica más las cosas). Un lector escribió una carta elogiando un cuento de Waldo y comparándolo favorablemente con los de Sturgeon, a lo que contestó el propio «Waldo» diciendo que estaba escrito «deliberadamente en el estilo de Sturgeon». Lo mismo que éste. ¿Se puede pedir más?

Harry Wrigth rodó de costado y dijo algo que se podría escribir «¡Bzzzzhha-a-au!» Masticó un poco un bocado de aire seco y lo escupió, abrió un ojo para comprobar si realmente podía abrirlo, abrió el otro y cerró el primero, cerró el segundo, levantó los pies y los puso en el suelo, volvió a abrir ambos ojos y se desperezó. Esto ocurría todos los días, y lo único que esta vez hacía que fuese notable era que acontecía un miércoles por la mañana y...

Ayer era lunes.

Oh, él sabía perfectamente que era miércoles. Lo que pasaba en parte era que, si bien él sabía que ayer era lunes, había una solución de continuidad entre el lunes

y hoy; y esa solución de continuidad debía haberse llamado martes. Cuando uno se duerme y pasa toda la noche sin soñar, sabe, cuando despierta, que ha transcurrido tiempo. Uno no ha hecho nada que pueda recordar; no ha tenido pensamientos particulares, ninguna manera de calcular el tiempo, y sin embargo uno sabe que han pasado unas horas. Esto le ocurría a Harry. El martes se había ido adondequiera que hubiesen ido a parar anoche sus ocho horas de sueño.

Pero no se había pasado el martes durmiendo. Oh, no. En realidad, nunca dormía más de seis horas seguidas, y ahora no había ningún motivo particular que le obligase a hacerlo. El lunes era anteayer; él se había acostado para dormir sus horas de costumbre, pero se había despertado, y era miércoles.

El día *sabía* a miércoles. La atmósfera era propia de un miércoles.

Harry se puso los calcetines y se levantó. No se engañaba. Sabía perfectamente qué día era. «¿Qué ha sido de ayer? —murmuró—. Oh... ayer era lunes». Esto le bastó hasta que se hubo quitado el pijama. «El lunes —musitó, mientras se ponía su ropa interior—, me parece que fue hace algún tiempo». Si hubiese sido un tipo de esos que se preocupan por todo, hubiera empezado a hacerlo inmediatamente. Pero no era de esos. Era un ser acomodaticio, uno de esos hombres que siguen una rutina y permanecen en ella hasta que una fuerza exterior los desvía. Por esto era un mecánico de automóviles que ganaba veintitrés dólares por semana; por esto lo había sido durante ocho años, y lo seguiría siendo, sólo con que pudiese encontrar el martes perdido y volver a su trabajo.

Guiado por sus reflejos, como siempre, y sin hacer el menor esfuerzo mental, lo que también era acostumbrado en él, terminó de lavarse, de vestirse y de hacerse la cama. Su reloj despertador, que nunca le despertaba porque él siempre lo hacía antes regularmente, señalaba como siempre las seis veintidós cuando se detuvo al salir, para dirigir una última mirada a su habitación. Pero había algo en el lugar que incluso para aquel individuo tan flemático fue motivo de extrañeza y le obligó a detenerse para pensar.

Estaba inacabado.

La cama estaba allí, lo mismo que la foto de Joe Louis. Allí estaban también las dos sillas compartiendo entre ambas las siete patas de costumbre, la mesa hendida, la cabecera de la cama en forma de tubos de órgano, las paredes cubiertas de papel beige con los dos cisnes que se repetían una y otra vez, el pequeño lavabo en un ángulo, el escritorio inclinado. Pero ninguna de aquellas cosas estaba terminada. No era que estuviesen agujereadas. La pintura que hubiesen podido tener seguía allí. Pero en la habitación y en todo cuanto ésta contenía flotaba un olor de vieja madera cortada, un aire sutil e insistente de obra en construcción. Era algo indefinible, inaprehensible, y Harry Writgh permanecía allí, extrañado, notándose prendido en ello. Dirigió a su alrededor una mirada suspicaz, pero no vio nada digno de suspicacia. Así es que meneó la cabeza, cerró la puerta con llave y salió al rellano...

En la escalera un tipejo que apenas tendría un metro de alto se dedicaba a pasar suavemente un formón afilado como una navaja de afeitar por el tercer peldaño a contar desde arriba, haciendo una nueva entalladura en la sucia madera. Levantó la vista cuando se acercó Harry, y luego se levantó con presteza.

—Eh —le dijo Harry, abarcando de una mirada la chaqueta de cuero del tipejo, su gorra de plato y su carilla arrugada y de brillantes ojillos—. ¿Qué haces aquí?

—Retocando —dijo el hombrecillo con voz aflautada—. El actor del tercero primera tiene un clavo en el tacón de su *zapato* derecho. Regresó bastante tarde la noche del martes e hizo saltar una astilla aquí. Tengo que tenerlo todo listo para el miércoles.

—Hoy es miércoles —observó Harry. —Desde luego. Siempre lo ha sido, y siempre lo será. Harry no contestó y se dispuso a bajar por la escalera. Había alcanzado su sorprendente carácter bovino acostumbrándose a no hacer caso de las cosas que era incapaz de entender. Pero había una cosa que le preocupaba, de todos modos...

—¿Has dicho que el vecino del tercero primera es actor?

—Sí. Todos son actores.

—Estás como un cencerro, amigo —le espetó Harry—. Ese tipo trabaja en el muelle.

—Sí, claro... ese es su papel. Ese es el personaje que representa.

—Vamos, déjate de bromas. ¿Y qué hace cuando no actúa?

—Pero él... ¡hombre no hace otra cosa! ¡Esto es lo único que hacen los actores!

—Vaya... y yo que lo tenía por un tío normal —comentó Harry—. Y ahora resulta que es actor. ¡Imagínate!

—Discúlpeme —dijo el hombrecillo—, pero tengo que trabajar. No podemos perder tiempo. No tardarán en terminar el martes, y tenemos que tenerlo todo preparado para ellos.

Este tío está loco perdido, pensó Harry. Le dirigió una sonrisa indecisa y descendió al rellano inferior. Cuando miró hacia atrás, el hombrecillo estaba cortando hábilmente el peldaño, haciéndole una pequeña raspadura igual a la que hubiera causado un clavo. Harry movió la cabeza. ¡Qué mañana tan disparatada! Tenía ganas de llegar al taller. Allí le esperaba un turismo de 1939 con una ballesta rota. Cuando pudiese concentrarse en su trabajo olvidaría aquellas estupideces. Esto es lo único que le importa a un hombre rutinario. Trabajar, comer, dormir, cobrar. ¿Vale la pena pensar en algo más?

En la calle reinaba una actividad frenética, lo cual no era normal. Pero no esta clase de actividad. Por todas partes se veían automóviles, camiones y autobuses, pero ninguno de ellos se movía. Y ninguno de ellos estaba completo. Esto caía dentro de la jurisdicción de Harry: era muy poco lo que no supiese sobre vehículos de motor. Y a través de ellos empezó a formarse una idea general de lo que estaba sucediendo.

Enjambres de hombrecillos que pudieran haber sido hermanos gemelos del que había hablado con él se apiñaban en torno a los automóviles, en las aceras, frente a las tiendas y las casas. Todos trabajaban como locos con todas las herramientas imaginables. Algunos pasaban finos cepillos metálicos sobre el acabado de los coches, dejando en la pintura verdaderas redes de grietas y rasguños microscópicos. Otros, provistos de martillos redondeados y mazos, abollaban hábilmente los guardabarros, doblaban los parachoques dejándolos como si hubiesen golpeado un obstáculo, o producían telarañas de resquebrajaduras en el vidrio inastillable de los parabrisas. Otros envejecían los esmaltados más perfectos con chorros de arena a presión, finos como la punta de una aguja. Por último, algunos se dedicaban a cubrir de polvo la tapicería y a frotar con papel de lija el tablero de instrumentos en torno a los interruptores de los faros, el botón del *starter* y del gas, para darles un aspecto manoseado. Harry se apartó para dejar pasar a media docena de pequeños obreros, que avanzaban por la calle transportando un parachoques que colocaron a un *coupe* modelo 1930. El parachoques mostraba manchas de sangre fresca.

Cuando se percató plenamente de aquella actividad completamente insólita, Harry se detuvo, boquiabierto, para ver qué más pasaba. Observó que el mismo proceso se repetía puntualmente con las casas y las tiendas. Sobre las lunas de los escaparates los hombrecillos extendían suciedad. En las jambas y marcos de madera hacían muescas con destreza y frotaban su pintura, para darle un aspecto de material debidamente expuesto a los agentes atmosféricos, mientras docenas de obreros de chaqueta de cuero caminaban a gatas, echando polvo y suciedad entre el adoquinado. Una hilera de ellos se alejó por la calle, masticando chicle y escupiéndolo con aplicación; éstos fueron seguidos por otra brigada que se dedicó a colocar cuidadosamente los chicles en los lugares indicados en los diagramas que llevaban, para pisarlos después y dejarlos bien planos.

Harry apretó los dientes y, haciendo un esfuerzo, volvió a colocar su cerebro, que giraba vertiginosamente, en su posición primitiva. «No he visto nunca un día como éste ni a una genticilla tan loca —se dijo—, pero no voy a permitir que esto me

afecte. Lo primero es mi trabajo». Y esforzándose vanamente por hacer caso omiso de los centenares de afanosas figurillas, continuó su camino con semblante ceñudo.

Cuando llegó al garaje, únicamente encontró en él a más enjambres de aquellos hombrecillos estereotipados encaramados en todas partes, ensuciando la pintura, resquebrajando el piso de cemento, haciendo a toda prisa su eficiente obra de envejecimiento. Pero debido a su familiaridad con el lugar, observó que en realidad lo único que hacían era señalarlo con las marcas que habían caracterizado el garaje desde que él lo conocía. «Al diablo —masculló, ansioso por sumergirse de nuevo en su propio mundo de llaves inglesas y engrases a presión—. Lo primero es mi trabajo; todo esto nada me importa».

Miró a su alrededor, preguntándose si debía echar a puntapiés a los pequeños intrusos del garaje. Pero desistió... no era asunto suyo. A él le pagaban por reparar coches, no por mantener el orden público. Mientras no le molestasen... y, además, su instinto de conservación le decía que la ventaja estaba de parte de ellos, al ser tan numerosos. La ausencia de su jefe y de los demás mecánicos no era motivo de sorpresa para Harry; él era siempre quien abría el garaje.

Se quitó sus ropas de calle y se puso un mono, cogió una caja de herramientas y se dirigió al turismo, que el día anterior, es decir, el lunes por la noche, había dejado en el soporte hidráulico. Y entonces fue cuando Harry Wrigth perdió los estribos. Al fin y al cabo, él era el mecánico que reparaba aquel automóvil, y no estaba dispuesto a tolerar que nadie más se entrometiese en su trabajo. Así es que cuando vio su coche —su turismo modelo 1939— descansando sobre sus cuatro ruedas en el soporte hidráulico, que estaba a nivel del suelo, y cuando vio que la ballesta rota había sido reparada, la sangre empezó a hervirle en las venas.

Se introdujo bajo el coche y pasó sus diestros dedos por la suspensión posterior. A pesar de la cólera que le produjo este hecho sin precedentes, tuvo que reconocer que la reparación estaba bien hecha. «Ni que la hubiese hecho yo mismo», murmuró.

Un suave ruido metálico y un pequeño movimiento llamaron su atención. Soltó un taco, extendió la mano y agarró la pierna de uno de los atareados hombrecillos, salió arrastrándose de debajo del coche, cogió al culpable por el cuello de su chaqueta de cuero y lo levantó hasta tener su cara al nivel de sus ojos.

—¿Qué le has hecho a mi automóvil? —vociferó Harry.

El hombrecillo hundió su mentón en la pechera de su camisa, para no ahogarse, y dijo:

—Verá, estaba acabando la reparación de esta ballesta.

—Ah, ya. De modo que estabas acabando la reparación de esta ballesta —susurró Harry, conteniendo a duras penas su ira. Luego gritó con voz estentórea—: ¿Quién te ordenó que tocases ese coche?

—¿Quién me lo ordenó? Verá usted... es que... es que tenía que hacerse. Suélteme, por favor. Tengo que apretar esas dos tuercas y echar un poco de polvo en todas las piezas.

—¿Tienes qué?

—¡Si vuelves a acercarte a este coche, te partiré la crisma con esta llave inglesa!

—Pero... ¡tiene que hacerse!

—¡No lo toques! Mira que te pego...

—¡Suélteme, por favor! Si no dejo ese coche tal como estaba el martes por la noche...

—¿Cuándo fue el martes por la noche?

—El último acto, por supuesto. ¡Si no me suelta, llamaré al inspector del distrito!

—Llama a quien te dé la gana. Te voy a poner de patitas en la calle, y ya puedes prepararte si vuelvo a pillarte cerca de este coche.

El hombrecillo apretó los dientes, entornó los ojos y levantó bruscamente ambos pies, propinando una tremenda patada a la mandíbula de Wrigth. Este lo soltó y retrocedió tambaleándose. Entonces el hombrecillo se puso a gritar como un

poseído:

—¡Inspector, inspector! ¡Socorro!

Harry lanzó un gruñido y se abalanzó sobre él, pero de pronto una larga mano blanca surgió de la nada y se interpuso entre él y el obrero enano. El aire vacío fue apartado, mostrando una abertura que comunicaba el garaje con una nada total. Por ella salió un hombre alto que llevaba un vestido holgado de una sola pieza literalmente cubierto de bolsillos. La abertura se cerró cuando hubo pasado.

Harry lo miraba, tascando el freno. Nunca había visto unas facciones tan nobles y enérgicas, un porte tan majestuoso, unos hombros tan anchos y un tórax tan atlético. El hombre puso los brazos en jarras y se puso a mirar a Harry como si fuese una basura que alguien se había olvidado de barrer.

—Ha sido éste —dijo el hombrecillo con voz aguda—. ¡Trata de impedir que haga mi trabajo!

—¿Y tú quién eres? —le preguntó el superhombre a Harry, mirándole por encima del hombro.

—Soy el mecánico de este taller... ¿Qué desea usted?

—Soy yo quien desea saber lo que pasa, yo, Iridel, inspector del distrito de Futura.

—¿De dónde demonios viene usted?

—Yo no vengo del demonio. Vengo del jueves.

Harry se llevó ambas manos a la cabeza.

—¿Qué es todo esto? —gimió—. ¿Por qué hoy es miércoles? ¿Quiénes son todos esos locos hombrecillos? ¿Qué ha pasado con el martes?

Iridel hizo un ligero movimiento con el dedo, y el hombrecillo corrió a meterse de nuevo bajo el coche. Harry estaba frenético al oír como la llave inglesa iba apretando una tuerca tras otra. Se disponía a lanzarse en seguimiento del enanito, cuando Iridel le dijo: «¡Alto!» Harry no se lo hizo repetir dos veces.

—Qué cosa tan sorprendente —dijo Iridel, imperturbable, mirando a Harry con una fría curiosidad—. Un actor en el escenario antes de que los decorados estén listos. Extraordinario.

—¿Qué escenario? —preguntó Harry—. ¿Pero qué hace usted aquí, y qué significan todos esos tipejos que no paran de trabajar por todas partes?

—Haces demasiadas preguntas, actor —repuso Iridel—. Pero te las contestaré, y después yo te haré unas cuantas. Esos hombrecillos son tramoyistas... me sorprende que no lo hayas comprendido. Están preparando el escenario del miércoles. ¿El martes, dices? Este se está representando ahora.

—¡*Amos anda!* —rezongó Harry—. ¿Cómo puede ser que el miércoles sea martes?

—Hoy no es miércoles, actor.

—¿Cómo?

—Hoy es martes.

Harry se rascó la cabeza.

—Esta mañana, en la escalera, me encontré con uno de esos... tramoyistas que usted dice, y me aseguró que hoy era miércoles.

—Es miércoles, pero hoy es martes. Martes es hoy. «Hoy» no es más que el nombre del decorado que se emplea. «Ayer» se refiere al decorado que ya se ha empleado; «mañana» es el nombre que se da al decorado que se pondrá cuando los actores hayan representado en «hoy». Este es miércoles. Ayer fue lunes; hoy es martes. ¿Comprendes?

—Ni una palabra —repuso Harry.

Iridel levantó sus largas y aristocráticas manos.

—¡Qué estúpidos llegan a ser algunos actores! Ahora, escúchame con atención. Este es el Acto Miércoles, Escena 6,22. Esto significa que todo cuanto ves a tu alrededor está siendo preparado para las 6,22 de la mañana del miércoles. Miércoles no es tiempo; es un lugar. Los actores se están dirigiendo a él en este mismo momento. Veo que sigues sin comprender. Veamos... ¿Ves ese reloj? ¿Qué hora

señala?

Harry Wright miró al gran reloj eléctrico de la pared, encima del compresor. Lo corregían hora por hora y era de gran precisión. Sin embargo, señalaba las 6,22. Harry lo contempló estupefacto.

—¡Las 6,22... pero esto no puede ser, hombre; es la hora en que salí de casa! Tenga en cuenta que vine a pie, y que ya llevo aquí por lo menos diez minutos.

Iridel movió negativamente la cabeza.

—No llevas aquí ningún tiempo, porque no existe tiempo hasta que los actores efectúan su entrada en escena.

Harry se sentó en un bidón de grasa y se estrujó el cerebro, tratando de entenderlo.

—¿Quiere usted decir que el tiempo no es una cosa que avanza constantemente? Digamos una especie de carretera... una carretera que no va a ningún sitio... sino que es uno el que va por ella. ¿No es así?

—Poco más o menos, así es. En realidad, has encontrado un ejemplo bastante bueno. Vamos a suponer que comparamos el tiempo a una carretera, pavimentada con grandes losas. Cada losa representa un día; los actores *avanzan* por ella, pasando de un día al siguiente. Y nuestro trabajo, el mío y el de los hombrecitos, consiste en... pavimentar esa carretera. Esto es lo que hacen estas brigadas. Están retocando los últimos detalles, para que todo esté a punto cuando lleguen los actores.

Harry permanecía muy quieto, mientras su mente parecía resquebrajarse bajo los efectos de esta información. Se sentía como si le hubiesen golpeado con una tubería de plomo, y el aturdimiento del golpe se prolongase indefinidamente. Aquella era la cosa más disparatada con que se había tropezado en su vida. De pronto recordó una conversación que sostuvo una vez con un mecánico de aviación borracho, quien trató de explicarle por qué el aire que pasaba por debajo de las alas de un avión haría que éste se elevase. No entendió ni una palabra de sus confusas explicaciones, entreveradas con palabras técnicas como remolinos, cuerda del ala, curvaturas, superficies variables, diedros y el efecto Bernouilli. Pero esto le importaba un comino; los aparatos volaban tanto si él lo entendía como si no; sabía que era así porque los había visto volar. El discurso que le había soltado aquel tipo llamado Iridel venía a ser lo mismo. Si en todo cuanto había dicho no hubiese una palabra de verdad, ¿cómo se explicaba la presencia de todos aquellos hombrecitos? ¿Y por qué el reloj no marcaba la hora? ¿Qué había pasado con el martes?

Pensó que, por lo menos, eso tenía derecho a saberlo.

—¿Quiere usted decirme dónde está el martes? —preguntó.

—Allí —dijo Iridel, señalando. Harry se quedó tan sorprendido que se cayó del bidón: cuando el hombre extendió la mano, ésta... ¡desapareció!

Harry se levantó del suelo y dijo, muy tenso:

—Repita eso.

—¿Qué? Ah... quieres que señale otra vez al martes. Con mucho gusto.

Y señaló. Su mano volvió a aparecer cuando la retiró.

—¡Atiza! —exclamó Harry, sudoroso, sentándose de nuevo en el bidón, donde se quedó mirando al inspector del distrito de Futura.

—Usted señala, y su mano... puf, desaparece —jadeó—. ¿Qué dirección es ésa?

—Es una dirección como otra cualquiera —dijo Iridel—.

Como sabes, hay cuatro direcciones: adelante, de costado, hacia arriba y... —volvió a señalar, y su mano se desvaneció *de nuevo*— ¡hacia ahí!

—Esto nunca me lo explicaron en la escuela —comentó Harry—. Claro que entonces yo era muy chico, pero...

Iridel se echó a reír.

—Es la cuarta dimensión... llámala *duración*, si quieres. Los actores se mueven en un escenario que tiene anchura, profundidad y altura. Pero hay otro movimiento, que ellos no pueden efectuar voluntariamente... y éste es la duración.

—¿Tardarán mucho en venir... aquí? —preguntó Harry, haciendo un amplio movimiento con el brazo. Iridel sacó un reloj de uno de sus innumerables bolsillos.

—Ahora son las 8,37 de la mañana del martes —dijo—. Estarán aquí así que terminen de representar este acto, y las escenas del miércoles que ya están preparadas.

Harry volvió a reflexionar brevemente, mientras Iridel esperaba con paciencia. Una leve sonrisa plegaba sus labios. Por último Harry Wright mira al inspector y le preguntó:

—Oiga... ¿y todo esto de los actores, cómo hay que interpretarlo?

—Ah... eso. Pues verás, no es más que una comedia. Una comedia como otra cualquiera, que se representa para divertir al público.

—Yo fui una vez al teatro —dijo Harry—. ¿Y el público, quién es?

Iridel dejó de sonreír.

—Ciertos... Son unos que pueden divertirse —dijo—. Ahora soy yo quien te va a hacer unas preguntas. ¿Cómo llegaste aquí?

»¿Viniste *caminando* de la noche del lunes a la mañana del miércoles?

—No... Vine de mi casa aquí.

—Ah, ya... ¿Pero cómo llegaste a las 6,22 del miércoles?

—Pues, verá usted... Me desperté y vine al trabajo como siempre.

—¡Qué cosa tan extraordinaria! —dijo Iridel, moviendo la cabeza con estupefacción—. Tendrás que ver al productor.

—¿El productor? ¿Quién es el productor?

—Ya lo averiguarás. Entretanto, vendrás conmigo. No puedo dejarte aquí; estás demasiado cerca de la representación. Y yo tengo que girar mis visitas de inspección.

Iridel se dirigió a la puerta. Harry sintió la tentación de quedarse para trabajar en otra cosa, pero bastó que Iridel le mirase y le hiciese una seña imperativa para que Harry le siguiese como un corderito.

Cuando llegó al lado del inspector, uno de los pequeños obreros se acercó corriendo, quitándose respetuosamente la gorra.

—Señor Iridel —dijo con su vocecita aflautada—, los que confeccionan el tiempo han puesto 0,006 por ciento más de humedad en el aire de este escenario. Y en los depósitos que se encuentran bajo el piso hay tres séptimos de onza menos de gasolina.

—¿Cuánta gasolina hay en los depósitos?

—Cuatro mil doscientos setenta y tres galones con tres pintas y siete onzas con veintiuno coma treinta y cuatro centésimas.

Iridel lanzó un gruñido.

—Es igual... por esta vez, pase. Han hecho un trabajo muy chapucero. Me parece que habrá que enviar a alguien al Limbo.

—Muy bien, señor —dijo el hombrecito—. Pero usted ya sabe que no ha sido culpa nuestra.

Volvió a ponerse la gorra, giró tres veces sobre sí mismo y salió disparado.

—Los que confeccionan el tiempo han tenido suerte de que la cantidad de gasolina de ese depósito no figure en el libreto del miércoles —dijo Iridel—. Si algo interrumpe la continuidad de la obra, las consecuencias son gravísimas, pues los actores no saben improvisar. Una de estas pequeñas omisiones puede provocar una serie de errores en cadena, que puede hundir la obra. En este caso, pueden echarnos a todos a la calle.

—Vaya —dijo Harry, impresionado—. Oiga usted, Iridel... ¿qué representa ese lugar tan extraño?

Iridel siguió su mirada. Harry se refería a un solar de una esquina, bordeado por árboles y cubierto de hierbas y matorrales. En realidad, la vegetación sólo crecía en los bordes del solar y a ambos lados del sendero que lo cruzaba en diagonal, pero los espacios intermedios eran una superficie plana, en la que no crecía una hoja ni

una brizna de hierba; estaba completamente desnuda y vacía, y desprovista totalmente de color.

—Ah, eso —repuso Iridel—. Sólo hay dos personajes, en el Acto Miércoles, que pasarán por ese sendero. Por consiguiente, lo tenemos arreglado convenientemente, pero como el resto del solar no figura en la comedia, no nos hemos ocupado de él.

—Pero... suponga usted que alguien se sale del sendero del miércoles —objetó Harry—. ¿Qué pasará entonces?

—Pues se llevará una buena sorpresa. Pero es algo que no puede ocurrir. Disponemos de un equipo de traspuntes para casos como este, que evitan que los actores se descarrilen. Para los que se olvidan de su papel, tenemos también apuntadores.

—¿Y esos... traspuntes y apuntadores, quiénes son?

—¿Los apuntadores? Nosotros les llamamos por sus iniciales: A. G.... Angeles Guardianes. También es el nombre que les dan los libretistas.

—Ya había oído hablar de ellos —dijo Harry.

—Sí, tienen un trabajo muy concreto que realizar —añadió el inspector—. Hay actores que son muy desmemoriados, y se olvidan de su papel, o se ponen a improvisar cuando en el libreto está indicada una pausa. Esto me parece bastante bien. Vamos a echar una miradita al viernes próximo.

—¿Viernes? ¿Quiere usted decir que ya están trabajando en el viernes?

—¡Por supuesto que sí! ¡Trabajamos con años de adelanto! ¿Cómo podríamos hacer crecer nuestros árboles, si no fuese así? ¡Vamos... pasa!

Iridel extendió la mano, como si agarrase el aire vacío y lo apartase a un lado, para mostrar la nada absoluta de donde él mismo había surgido, e invitó a Harry a pasar.

—¿Usted... usted quiere que entre aquí? —preguntó Harry con desconfianza.

—Naturalmente. ¡Vamos, date prisa!

Harry miró el fragmento de vacío con mirada compungida, pero no pudo resistirse a la voluntad del inspector. Dio un paso adelante y entró.

Y no estuvo tan mal. No encontró luces vertiginosas, no experimentó una sensación de caída, ni perdió el conocimiento. Fue como penetrar en otra habitación... que es lo que en realidad ocurrió. Se encontró en una gran sala redonda, cuya redondez era algo borrosa. Es decir, tenía paredes curvas y un techo abovedado, pero había algo más en ella. Parecía extenderse en la dirección hacia donde había apuntado Iridel de manera tan sorprendente. Junto a las paredes se alineaba un sorprendente muestrario de aparatos de control: interruptores y pantallas de vidrio esmerilado, indicadores y esferas, botones y palancas. Moviéndose con destreza ante ellos había un equipo compuesto por hombres exactamente iguales a Iridel, con la sola diferencia de que en sus trajes no llevaban bolsillos. Harry se quedó con los ojos muy abiertos, fascinado por la enorme complejidad de los mandos y la facilidad con que aquellos hombres los manejaban. Iridel le tocó en el hombro.

—Sígueme —le dijo—. El productor está aquí; así sabremos qué hay que hacer contigo.

Empezaron a cruzar la sala. Harry no tuvo tiempo de pensar cuánto tardarían en atravesar aquella enorme estancia, porque apenas había andado una docena de pasos cuando se encontraron frente a la pared opuesta. Sencillamente, lo que ocurría es que las leyes normales de espacio y tiempo no se aplicaban en aquel lugar.

Se detuvieron ante una puerta de bronce bruñido, tan extraordinariamente pulido que se podía ver a través de ella. Se abrió e Iridel empujó a Harry al interior. La puerta se cerró. Harry, dominado por el pánico al verse separado del único ser de aquel mundo increíble en quien tenía cierta confianza, se abalanzó contra la gran hoja de bronce, pero ésta lo rechazó como si fuese de caucho y lo lanzó rodando al centro de la habitación, donde quedó hecho un ovillo. Se puso a gatas y miró a su

alrededor.

Se encontraba en una diminuta habitación, uno de cuyos lados estaba ocupado por un colosal escritorio de teca. El hombre sentado ante la enorme mesa le dirigió una mirada irónica.

—¿Es usted el productor?

—El mismo que viste y calza —repuso el desconocido, sonriendo. Su sonrisa parecía llenar de luz toda la estancia. Harry advirtió que era un hombre corpulento, pero en aquel lugar tan engañoso, resultaba difícil calcular su corpulencia—. Vaya, lo que faltaba. Un actor. Hay que ver lo pesados que sois. Me construís casas que apenas visito. Os reunís para enviarme peticiones de mejores papeles. Escucháis cuidadosamente lo que tengo que deciros, para después hacer caso omiso o interpretar mal mis consejos. Siempre me estáis pidiendo que os dé otra oportunidad, y cuando os la concedo, tampoco sabéis aprovecharla. Y ahora uno de vosotros irrumpe violentamente en mi despacho. Pero vamos a ver: ¿qué te ocurre?

Había algo en el productor que preocupaba e intrigaba simultáneamente a Harry, pero no podía saber qué era. De lo único que estaba seguro era de que aquel hombre le intrigaba, no sabía por qué.

—Me he... me he despertado en miércoles —tartamudeó—, y ayer... ayer era martes. Bueno, quiero decir lunes. No es que...—. Carraspeó y empezó de nuevo—. Me fui a dormir el lunes por la noche y me he despertado el miércoles; ahora estoy buscando el martes.

—¿Y yo qué quieres que haga?

—Pues verá usted... ¿no podría decirme cómo puedo regresar? Tengo cosas que hacer.

—Ah, ya entiendo —dijo el productor—. Quieres que te conceda un favor. ¿Sabes que algún día uno de vosotros vendrá dispuesto a darme algo, gratis y de balde? Cuando esto ocurra, me caeré redondo al suelo, muerto. ¿No tengo ya bastantes quebraderos de cabeza dirigiendo este espectáculo, para que ahora tenga que ocupar mi tiempo y mi espacio haciendo favores a tipos como tú?—. Respiró profundamente un par de veces y después volvió a sonreír. —No obstante... siempre me he esforzado por ser justo, aunque a veces esto resulta difícil. Anda, ve y dile a Iridel que te indique el camino de regreso. Me imagino lo que te sucedió: cuando saliste de escena al final del último acto en que interviniste, te colaste detrás del ¡telón que no correspondía al meterte entre bastidores. Un traspunte se irá al Limbo por eso. Bien... ahora vete.

Harry abrió la boca para hablar, lo pensó mejor y corrió hacia la puerta, que se abrió ante él. Salió a la inmensa sala de control respirando afanosamente. Con gran alivio, vio acercarse a Iridel.

—¿Qué tal?

—Dice que usted me saque de aquí.

—Muy bien —dijo Iridel—. Sigúeme.

Le precedió hasta una puerta oculta por una cortina, *muy* parecida a la que cruzaron al entrar. Junto a ella había dos esferas, una señalada en días y la otra en horas y minutos.

—¿Te parece bien el lunes por la noche? —le preguntó Iridel.

—Estupendo —repuso Harry.

Iridel puso las agujas en las 21,30 del lunes.

—Adiós, actor. Quizás volvamos a vernos en otra ocasión.

—Adiós —contestó Harry. Dando la vuelta, se metió por la puerta.

Se encontró en el garaje, y al volverse no vio ninguna puerta con cortina. Buscó con la mirada a Iridel, para preguntarle si podía irse a la cama para despertarse esta vez en martes, pero no lo vio por parte alguna.

El garaje era una verdadera ascua de luz. Harry consultó el reloj con la mirada... Pasaban quince segundos de las nueve y media. Qué curioso; todos tenían que haberse ido ya excepto Slim Jim, el del turno de noche, que se quedaba hasta la

cuatro de la madrugada atendiendo el surtidor de gasolina del exterior. Le bastó una breve mirada a su alrededor para convencerse. Era posible que fuese el lunes por la noche, pero nunca había visto un lunes por la noche como aquel.

¡En el lugar pululaban de nuevo los hombrecitos!

Harry se sentó en el parachoques de un coche descapotable y lanzó un gemido.

—¿En dónde, me he metido ahora? —musitó.

Comprendió que estaba en un diferente lugar del tiempo de aquél en que conoció a Iridel. Entonces todos trabajaban para construir el escenario, con una precisión y una limpieza que daban gusto de ver. Pero ahora...

En primer lugar, los hombrecitos eran distintos. Todos tenían un aspecto abrumado, cansado, y se movían con lentitud. Los vigilaban docenas de inspectores, y Harry dio un respingo cuando uno de los hombres de blanco fustigó con un largo látigo a uno de los pequeños obreros. Mientras las brigadas del miércoles trabajaban, las del lunes actuaban como esclavos. Y el trabajo que hacían también era diferente, pues sólo se dedicaban a romper cosas y a llevarse los trozos en carretillas. Harry presenció cómo secciones enteras del pavimento eran levantadas y pulverizadas, para ser metidas en sacos que luego se llevaban las hileras de hombrecitos jadeantes y derrengados. Vio cómo apuntaban los techos con grandes vigas, mientras sacaban los ladrillos de las paredes. Oyó la brigada que trabajaba en el techo, arrancándolo a fragmentos. Vio hundirse paredes y techumbres bajo aquellos ataques combinados, y antes de que se diese cuenta de lo que pasaba, se encontró solo en medio de la blanca y desolada llanura que pudo atisbar antes en el solar de la esquina.

Aquello ya fue demasiado para su anonadada mente; empezó a correr bajo las tinieblas nocturnas, atravesando hileras de esclavos cargados, saltando por encima de los montones de cascos, llamando a gritos a Iridel. Estuvo corriendo así mucho tiempo, y finalmente se dejó caer detrás de un montón de maderos que señalaban el lugar donde antes se alzaba la iglesia unitaria. Se dejó caer al suelo porque ya no podía más. Oyó pasos y trató de hacerse aún más pequeño. Los pasos se acercaban con firmeza, hasta que uno de los inspectores dobló la esquina y se le quedó mirando. Aunque Harry se hallaba totalmente en la sombra, sabía que el hombre de blanco podía ver en la oscuridad.

—Sal de ahí —le ordenó el hombre. Harry obedeció.

—¿Eres tú el que llamaba a Iridel?

Harry asintió.

—¿Y qué te hace pensar que Iridel se encuentra en el Limbo? —dijo con sorna el inspector—. ¿Y tú quién eres, vamos a ver?

Harry ya se había aprendido la lección.

—Soy un actor —dijo con voz débil—. Me metí en el miércoles por equivocación, y entonces me enviaron aquí.

—¿Y eso por qué?

—¿Eh? Pues... creo que se trata de un error.

El hombre dio un paso adelante y agarró a Harry por el cuello de la camisa. Era diez veces más fuerte que un gato hidráulico.

—Déjate de pamplinas, amigo —le dijo—. A nadie le envían al Limbo por error, si no ha hecho nada para merecerlo. Vamos, desembucha.

—Yo no he hecho nada —gimió Harry—. Les pregunté cómo debía regresar, ellos me indicaron una puerta, yo me metí por ella y he salido aquí. Esto es todo lo que sé. ¡Suélteme, que me está ahogando!

El hombre le soltó de pronto.

—Escucha, amiguito, ¿sabes quién soy yo? ¿Eh? —Harry movió negativamente la cabeza—. Conque no lo sabes... Pues soy Gurrah.

—¿Ah, sí? —dijo Harry, pues no se le ocurrió otra cosa de momento.

Gurrah abombó el pecho, como si esperase que Harry dijese algo más. Al ver que éste permanecía callado, acercó su rostro al del mecánico, echándole el aliento en

la cara.

—No te asustas, ¿eh? Eres un tipo duro, ¿eh? ¿Es que nunca has oído hablar de Gurrah, inspector del Limbo y el más fuerte y despiadado hijo del demonio desde Incidencia a Eternidad, eh?

Harry era un muchacho muy pacífico, pero si había algo que le molestase sobremanera, esto era que un extraño le echase su fétido aliento a la cara. Antes de que se diese cuenta de lo que había pasado, Gurrah estaba patas arriba a tres metros de distancia, y Harry se frotaba los nudillos de la mano izquierda... con mucho el más ofendido de los dos.

Gurrah se sentó en el suelo, palpándose la cara.

—¡Cómo, tú... me has pegado! —rugió. Luego se levantó y se acercó a Harry—. ¡Me has pegado! —repitió en tono más suave, con una extraña nota de sorpresa en su voz. Harry deseó no haberlo hecho... deseó encontrarse en su cama, en Futura, muerto o donde fuese. Gurrah extendió su poderosa zarpa y... le dio unas palmaditas en el hombro.

—Hola —le dijo, mostrándose súbitamente amistoso—, me gustas. ¡Qué tío! Te has atrevido a darme un mamporro. ¡Que me ahorquen! Es la primera vez en un mes de lunes que alguien se atreve a plantarme cara. El último que lo hizo fue un tipo llamado Orton. Lo maté.

Harry palideció.

Gurrah se apoyó en el montón de madera.

—Te aseguro que esto me ha gustado, amigo. Sí, señor. Este empleo es de lo más cansado, pero, ¿qué puede hacer uno? No tengo ni tiempo de respirar. Apenas termino un trabajo, haciendo las cosas a toda velocidad, reventando a los muchachos que me echan una bronca por no estar ya a la mitad del siguiente. Sin dudas piensas que con el tiempo que llevo metido en el ajo, ya tendría que saber arreglármelas, después de más de ochocientos veinte millones de actos. Sí, sí. Trata de decirles eso. El otro día envié un cargamento de perreras al miércoles, haciéndolo pasar entre bastidores sin que nadie se enterara. Pues ellos vienen y me llaman para decirme: «¿Pero qué te pasa, Gurrah? Esas perreras no nos sirven. Hace dos actos te enviamos una lista de artículos usados. Uno de ellos eran las perreras. Devuélvelas a su lugar de origen, o enviaremos a alguien que sepa leer en tu lugar, y a ti te pondremos en una cadena de carga.» Así es como me tratan... acto sí y acto no. ¿Sirvió de algo decirles que mi ayudante recibió el recado pero cayó muerto antes de poder entregármelo? No. Si les voy con quejas o si les digo lo que pasó, me dicen que soy yo que los hago trabajar hasta matarlos. Pero si no lo hago, patalean porque dicen que mis envíos no llegan a tiempo.

Se interrumpió para tomar aliento. A Harry le daba en la nariz que si mantenía a Gurrah de buen humor saldría ganando. Así es que le preguntó:

—Dígame: ¿cuál es exactamente su trabajo? —¿Mi trabajo? —vociferó Gurrah—. ¿Llamas a esto trabajo? ¿Desmontar los escenarios, enviar lo aprovechable al acto de pasado mañana, y desguazar el resto?

Lanzó un bufido de disgusto. Harry le preguntó entonces:

—¿Quiere usted decir que utilizan los decorados una y otra vez?

—Eso mismo. Sin embargo, no duran mucho. Seis, ocho actos a lo sumo. Después tienen que hacer otros nuevos, gastarlos y baquetearlos para darles aspecto de usados.

Se produjo un largo silencio. Gurrah, que había podido dar suelta a su bilis por primera vez en muchos siglos, se sentía apaciguado. Harry no sabía cómo sentirse. Fue él quien finalmente rompió el hielo.

—Oiga, Gurrah... ¿Cómo podré regresar a la representación?

—¿Y eso a mí qué me importa? ¿Pero cómo?... Ah, claro está, tú viniste de la sala de control, ¿verdad?

Harry hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y cómo entraste en la sala de control? —preguntó Gurrah, con un gruñido.

—Iridel me llevó a ella. —¿Y después, qué?

—Pues verás, fui a ver al productor y... —¿Al productor? Santo... ¿Quieres decir que compareciste ante él y...? —Gurrah se secó la frente—. ¿Y él, qué te dijo?

—Pues... dijo que le parecía que no era culpa mía que me hubiese despertado en miércoles, y que dijese a Iridel que me indicase el camino de regreso.

—E Iridel te envió al lunes.

Gurrah echó hacia atrás su cabeza leonina y soltó una estentórea carcajada.

—No le veo la gracia —dijo Harry, algo amoscado.

—Iridel, ¿eh? —exclamó Gurrah—. ¿Sabes que durante más de cincuenta mil actos he estado tratando de echarle la zancadilla a ese sinvergüenza, y ahora tú me vienes como caído del...? ¡Chico, nunca podré agradecértelo bastante! ¡Ese idiota tenía que enviarte a la obra, y en lugar de eso, vas a parar al ayer! ¡Esto me servirá para fastidiarlo hasta el fin de los tiempos! —Empezó a brincar de alegría y después llamó a un grupo de demacrados hombrecillos que con paso vacilante transportaban un mojón al vertedero—. ¡Tranquilos, muchachos! —les gritó—. Ya tengo bien agarrado al granuja de Iridel. ¡Nadie se va a reventar más! ¡Ya no volverán a echarnos broncas! ¡Ja, ja, ja!

Harry, algo confundido ante aquellas estruendosas manifestaciones, preguntó tímidamente:

—Oiga, Gurrah... ¿Y yo, qué?

Gurrah se volvió hacia él.

—¿Tú? Oh. ¡Teléfono!

Al oír este grito, dos pequeños obreros, un poco menos exhaustos que los demás, se acercaron corriendo. Uno se subió de un salto al hombro derecho de Gurrah, mientras el otro se le montaba en el izquierdo, adelantando la cabeza. Gurrah agarró a éste por el pescuezo, se acercó la cabeza a la boca y le gritó al oído:

—¡Póngame con Iridel!

Tras una momentánea espera, el hombrecillo del otro lado habló con la voz de Iridel en el oído de Gurrah:

—¿Diga?

—¿Hola, qué tal, petimetre?

—¿Petimetre?... Un momento... ¿Cómo se atreve?... ¿Con quién hablo?

—Soy Gurrah, imbécil, tu futuro parásito. Tengo un par de cositas que decirte.

—¿Gurrah? ¿Cómo... cómo te atreves a hablarme así? Haré que te...

—Si te digo todo lo que sé, pronto me verás ocupando tu puesto. Eres un descarado grano en la nariz del progreso, Iridel.

—¿Se puede saber qué significa esto?

—Pues esto significa que el productor te envió unas instrucciones y tú no las cumpliste. Significa que eres un chapucero. Tú tenías a un actor ahí contigo, ¿verdad? Vio al jefe, ¿no? Luego te dijo que tú tenías que indicarle el camino de regreso. ¿O no te lo dijo? Y en cambio, en vez de devolverlo a la representación, vas y me lo envías aquí. Te has tirado una buena plancha, Iridel. Menudo patinazo. Te estás haciendo viejo. Bueno, voy a cortar, que tengo que llamar al jefe para contárselo.

—¿Al jefe? Vamos, hombre, no hagas eso. Tomemos las cosas con calma, y hablemos de ello. Ah... por cierto que aquél envío de perros con tres patas que me estabas preparando... no hace falta que te molestes; puedo pasarme sin ellos. Y si yo puedo hacerte algún favor...

—... no tendrás más remedio que hacérmelo, después de esto. Más te valdrá que lo hagas, Bichos Dorados.

Gurrah golpeó una contra otra las dos cabecitas, rompiendo la comunicación y probablemente los cráneos de los hombrecitos también, y después se volvió sonriente hacia Harry.

—Tienes que saber —le explicó— que ese Iridel es un inspector de lo mejorcito que existe, pero es un maniático de los detalles. Envía a gente al Limbo por las más

nimias equivocaciones. Es implacable y no perdona el menor error. Es la causa de la mitad de las desgracias que nos afligen, con sus constantes prisas. Ahora las cosas serán diferentes. Hace tiempo que el jefe desea dar a Iridel una buena dosis de su propia medicina, pero el muy pillo nunca se ha dejado coger en falta.

Harry dijo pacientemente:

—Todo esto está muy bien, pero ¿qué hay de mi regreso?

—¡Querido amigo mío! —vociferó Gurrah. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un reloj como el de Iridel—. En el martes son las once cuarenta —dijo—. Te enviaremos allí ahora mismo. Tendrás que apañártelas para explicar tu desaparición. No te vayas de la lengua, si no quieres que algunos paguen el pato... tú el primero. ¿Estás a punto?

Harry asintió; Gurrah extendió el brazo y con la mano abrió la cortina de la nada.

—Te encontrarás un poco lejos de tu punto de partida —observó— porque te has desplazado bastante entre bastidores. Puedes irte.

—Gracias —dijo Harry.

Gurrah se echó a reír.

—No me des las gracias, muchacho. ¡Soy yo quien debe dártelas! Oye... si cuando regresas, las cosas no te van muy bien allí, haz que te envíen de nuevo a mí. Aquí serás tratado a cuerpo de rey; te doy mi palabra. ¡Anda, vete y suerte!

Conteniendo el aliento, Harry Wright se metió por el umbral.

Tuvo que caminar cuarenta manzanas para llegar al garaje. Encontró a su jefe esperándole.

—¿Dónde has estado, Wright?

—Pues... me perdí.

—Me parece que me engañas, hombre. ¿Te crees que han llegado ya las vacaciones? Vamos, y date prisa a reparar esa ballesta. A este paso, no la terminarás hasta mañana.

Harry le miró de hito en hito y dijo:

—Escuche. Estará terminada esta noche. Lo sé seguro.

Y sin dejar de sonreír, entró en el garaje y fue en busca de sus herramientas.

FIN

Tomado de: The Unknown
Compilador: D.R. Bensen
Prefacio: Isaac Asimov
Traducción por: Antonio Ribera